

PARTE SEGUNDA.

PERÍODO DE PREPARACION.

CAPÍTULO III.

Echegaray ensaya su talento dramático. — El libro talonario.

En el exámen y crítica de las obras dramáticas de *Echegaray* es preciso empezar por orden cronológico, ya que de este modo hallaremos en ellas la gradacion que ha hecho de él un gigante nacido con proporciones casi ordinarias y naturales, y desarrollado rápida y poderosamente hasta llegar á las que ahora tiene, y la elaboracion, tambien gradual, de los elementos de su sistema, más palpables y marcados, cuanto de más cerca de su origen y principio lo tomemos. Es oportuno y conveniente examinar con paciencia sus primeros ensayos y ver si en ellos aparece el gérmen de la nueva dramática y se revela el genio de primer orden, que á ninguno se ha ocultado despues, en sus obras de más importancia. En este concepto, vamos á

ocuparnos de *El libro talonario*, comedia que acaso escribió en los albores de su vida literaria, cuando aún en su mente no había brotado la idea de hallar dentro del teatro y de la literatura dramática un mundo nuevo por ninguno presentado con tal relieve, del que él iba á ser el Colón, y en el que había de mostrar á los atónitos espectadores del antiguo, tantas y tan grandes maravillas como en otro tiempo pusiera á la vista de sus contemporáneos y sucesores el ilustre genovés, tan calumniado como poco comprendido.

Está encaminado este capítulo á hacer la crítica de la primera obra de *Echegaray*; y dejándonos de digresiones y esarceos, del todo inútiles á nuestro intento en esta ocasion, entramos de lleno en el asunto.

El libro talonario es una comedia bien pensada y juvenilmente escrita; nada en ella revela al autor de *Ó locura ó santidad*; ni hay galanura y discrecion en la forma, ni intachable correccion en el lenguaje, ni admirable ni delicado estilo. Hay en ella, sí, más lirismo del que conviene á una produccion de esta clase, y ménos movimiento del que se necesita para hacer una obra aceptable, en todos los sentidos, para que sea susceptible de una representacion que no peque de lánguida y monotonía; para que sea, en fin, una verdadera comedia.

El afán de la originalidad se adivina desde la primera escena, y si ésta se consigue es únicamente haciéndola consistir en un detalle, que no es absolutamente necesario ni como recurso, ni como justificacion, sino

como conveniencia del autor y de la obra misma. Huelgan en ella algunos conceptos, y trozos de escena hay que están de más, habiéndolo comprendido así el autor y los actores encargados de representarla al suprimir en la ejecucion lo que ni en el libro debiera haberse, por ocioso é inútil, estampado.

El argumento carece de novedad en el fondo: Carlos esposo de María, alucinado por falsos é ilícitos amores hace sentir á su esposa, que le idolatra, la amargura de su desamor y olvido; María no se resigna á ser la víctima de la pasion extraña de su marido, ni se determina á usar de represalias como se lo aconseja Luis, su primo, que haciendo el papel más ingrato, se convierte, en fuerza del amor que tiene á su prima, primero en delator de las faltas y errores de Carlos, y despues en instigador de la venganza y pérfido consejero, para ser, por último, el instrumento de reconciliacion de los esposos, mediante el arrepentimiento del uno y el perdon generoso de la otra. No se sabe cómo logra apoderarse de las cartas amorosas de Carlos á una mujer de mundo y mostrándolas á María, y con ellas la infidelidad de Carlos, insta repetidamente á la afligida esposa á faltar á sus deberes, deshonorando á su marido, poniéndole delante el ejemplo de la conducta de aquél. María que es honrada y digna se niega absolutamente, pero, una idea ilumina su mente y abre su corazon á la esperanza; medita servirse de las pruebas mismas de su desgracia y de su traidor mensajero, para conseguir, con el arrepentimiento de su marido la

dicha que se le escapa, y véase cómo lo consigue. Recorta por la mitad las cartas que Luis le presenta, y escribe en la parte que queda blanca otras casi en los mismos términos apasionados que los de las que le sirven de modelo; finge estar dispuesta á acceder á las reiteradas súplicas del enamorado primo, á fin de que no sirva de obstáculo á su plan, y hecho esto procura ser sorprendida por el esposo, á quien un criado indiscreto, convenientemente preparado, previene sobre lo que va á encontrar, finge un sueño agitado, teniendo las cartas oprimidas sobre el pecho, logrando que el esposo caiga en la red, se apodera de las cartas, y no sin muchas dudas y vacilaciones, comienza á leerlas entre el asombro y la ira, creyéndose ultrajado, ofendido, mancillado su honor, del que se determina á pedir cuenta á la que él cree esposa infiel y desleal, y que le oye con aparente angustia y sobresalto, pero con toda la tranquilidad que en medio de su amargura le cabe tener, concluyendo el altercado, la situacion de los cónyuges con la declaracion del artificio empleado para dejar al esposo traidor, convicto y confeso de su crimen y convertirlo de juez en reo y de víctima en verdugo. En este momento la esposa ofendida recobra su dignidad y entereza que declinó durante el fingimiento, y devolviendo una por una, al ahora abatido y humillado esposo, las frases llenas de irónica hiel con que la apostrofó cuando la creyó culpable, se decide á abandonarle, llevándose á su hijo, en tanto que el *empri-mado* primo empieza á comprender que ha hecho un

ridículo papel, y léjos de lamentarlo, se felicita por el sesgo que toman las cosas, que él hubiera creído muy otro y no tan afortunado para él. Carlos reconoce su falta y la lamenta, anhelando un perdon que no cree merecer, ni obtener, pero María halla medio, al ver su afliccion y sincero pesar, de otorgárselo de una manera noble, digna y cariñosa, terminando con esto la comedia, que en algunas situaciones se eleva á la más bella emocion dramática.

El argumento, como se ve, carece de originalidad; un marido descarriado que despreciando la felicidad, con que en su casa le brindan el amor de su fiel esposa, las caricias de sus tiernos hijos, corre tras los mentidos halagos de una miserable aventurera; una mujer que sufre observando la conducta del hombre á quien juró fe en los altares, y no sabe cómo volverle á su amor, á las delicias del hogar doméstico; que lamenta el desvío de su esposo; que cree adivinar la causa y con su instinto de mujer ve el mal allí donde éste se halla; un primo galancete, almibarado y tonto, que, sin respetar al sagrado del hogar, ni á los lazos de familia, trata de deshonorar á su amigo, seduciendo á su esposa, empleando para ello artes y recursos que reprueban las almas honradas; un criado que no sirve para nada, si no es para mover un poco la escena y corregir su uniformidad, son tipos que vemos todos los dias en el teatro y fuera del teatro, en todos tiempos y en todas partes, sin que llamen la atencion ni merezcan otra cosa que una mirada de curiosidad, ni constante ni sostenida.

Las situaciones no se recomiendan tampoco por su novedad; sin dejar de ser naturales, no pasan de ser comunes por repetidas y ya empleadas por otros autores, si bien están regularmente expresadas y se presentan con detalles y accesorios que las prestan no escaso mérito y valor.

La entrega de varias cartas de la amante de Carlos, que hace Luis á María, no es recurso nuevo, y, sin embargo, interesa y agrada por la manera de ser expuesto. El del sueño de María para que Carlos la sorprenda y pueda así apoderarse de las cartas, aparentemente acusadoras, es pueril y supone en el autor un desconocimiento de los recursos escénicos que realmente tenía; hay mil medios más ingeniosos, además de naturales, de conseguir este efecto y poco debió discurrir el poeta para determinarse á dar éste como bueno y aceptable. Y el punto capital de la obra, al que se refiere el título y sobre el que descansa todo el argumento, también nos parece más propio de un juguete cómico que de una obra seria, hallando sólo disculpa en el gran partido que el autor sabe sacar de él, en las discretas frases que le inspira, y en la situación que produce, la más culminante de la obra, la que da vida á la comedia y la pone fácil remate, con el arrepentimiento del esposo infiel y tornadizo.

No hay que buscar en *El libro talonario* caracteres verdaderamente tales; el de María es notoriamente falso; ridículos el de Carlos y Luis; Juan es una figura decorativa, un fantasma que entra y sale, sin inter-

venir directamente en nada, á pesar de lo que en determinadas situaciones, adquieren los dos personajes principales de la obra las proporciones de caracteres, singularmente notables, efecto debido más que á su manera de obrar constante y no desmentida, á las transiciones y á los conceptos vigorosos y elevados que el autor pone en su boca, lo que, en último extremo, viene á suplir la falta absoluta de caracteres.

Los episodios interesantes y dramáticos no están prodigados como en otras de sus obras, pero si no son muchos, son oportunos y discretamente presentados, mereciendo notarse entre todos el de la escena final, en que María impone silencio á Carlos, que arrepentido la pide perdón, recordándole que el niño duerme, y puede despertar á sus voces, conducta digna de un ángel, que retrata toda la fisonomía moral de la esposa amante y honrada, bastante oscurecida, confusa y sin delinear en el resto de la obra, y hasta desnuda del atractivo con que á última hora la reviste el autor, convirtiendo súbitamente en manso cordero, en cándida paloma, á la que tan fieramente se presentaba. Fuera de este episodio y de algun otro, no tan notable y oportuno, apenas se encuentran más que algunos raptos de lirismo, nada dramático, no siempre del mejor gusto, pero que se concibe lleguen á interesar en una representación esmerada.

La acción es conducida con bastante languidez, efecto de lo escaso de los recursos empleados, y del corto número de personajes, si bien no puede tacharse de fría

y monótona, llegando á desenvolverse con rapidez desde el último tercio de la obra, y teniendo un remate oportuno y agradable que hace olvidar lo tardo y enojoso de su exposicion y nudo, en gracia de lo bello del final.

La forma de la obra, en general, es agradable, y con alardes verdaderamente realistas, ni revela un exquisito cuidado en la eleccion y empleo de frases y conceptos, ni ménos un abandono confiado é ingenuo, como es de creer, en vista de todo lo que llevamos expuesto.

El lenguaje ni es natural, ni acomodado á la condicion y estado de los personajes, ni muy correcto, ni atildado, ni desprovisto de bellezas de diction. El estilo pecando á veces de exageradamente culto, nunca galano y flexible; inclinándose en ocasiones al tecnicismo científico, prefiriendo á ratos solazarse con pinturas y comparaciones botánicas y mineralógicas, y siempre tendiendo á lo maravilloso y fantástico, á lo sutil y abstracto, á lo alambicado y metafórico.

Los pensamientos nobles, profundos, bellos y delicados abundan en toda la obra, la poesía rebosa en ellos, la ternura y el sentimiento, como perlas engarzadas á una corona sencilla que la embellecen y avalloran.

Muchas son las bellezas y no pocos los defectos que la obra encierra, y nada mejor que ir haciendo constar unos y otros, sin orden, ni método, segun van acudiendo á la mente, para dar idea de este conjunto

de donaires y errores que se llama *El libro talonario*.

La situacion producida por la lectura de la carta de Loreto, amante de Cárlos, es altamente dramática é interesante; debe electrizar y conmover á la actriz y de rechazo á los espectadores; peregrinamente bellos son los versos que al verla llorar pronuncia Luis:

(¡Pobre mujer, voy pensando
que hice mal en torturarla!
Pero ¿cómo no adorarla
si es tan hermosa llorando?
¡Ojos, á los que el dolor
da tan celestial rocío!
¿cómo llorareis, Dios mio,
cuando lloreis por amor?)

siendo no ménos bella muestra de sentimiento, dulce y amargo á la vez, la carta fingida que María hace escribir á Luis para excitar los celos de su esposo; carta cuyas tiernas palabras no pueden ocultar la hiel en que están inspiradas y cuyo lenguaje es el más propio de la situacion en que se ve aquella fiel y enamorada esposa. Pero no hay dicha completa en el mundo ni perfeccion entera y continuada que dure lo bastante; á continuacion de estos primores, se desata en un arrebató lírico, en el que salen á relucir las nubes, el sol, el cielo azul, el mar, el oriente, la amargura y el placer, el dia y la noche, vulgaridades que á nadie agradan ya, y que son perfectamente inútiles y hasta inoportunas en boca de María, á quien su desgracia debia inspirar muy dis-

tintos conceptos é imágenes, que mejor que nosotros comprende y sabe *Echegaray*.

En el carácter de María no cabe el cínico desenfado con que se expresa despues de todo este alarde lírico, ni en el de Luis las poéticas frases con que trata de sublimar y hacer simpática su pasión, cuando el autor sólo debiera presentarle como un ente ridículo y torpe, desprovisto de sentimientos nobles y sin facultad de expresarlos de la manera con que lo hace, en otro arranque de lirismo, en que vuelven á parecer el sol, la montaña, los rios, las fuentes, los cielos y las auras.

Léjos de corregirse, más adelante coloca otra escogida composición pastoril, con el consabido aditamento de nubes y demás, y es lástima, porque en medio de todo se destacan versos como éstos:

Mas no temas; que el encanto
de la nube desaparece
cuando el sol no la enrojece;
y entónces su rico manto
se trueca en oscuro tul,
y se deshacen sus velos,
y eternos quedan los cielos
con su firmamento azul.

que no tienen otro defecto que la falsedad del concepto en la comparación del amor de la esposa y el de la manceba, que en ellos se trata de hacer, y que resulta falso por no haber para hacerla términos hábiles y con-

venientes. Y así á renglon seguido pone en boca de María versos tan pésimos como estos otros:

¡Se perturba mi razon!
¡Se me oscurece la vista!
¡Tiembra como *rota arista*
mi mezquino corazon!

Defectos de otro género y de más monta son los que comete al hacer que María asista á la lectura de las cartas copiadas; esto sobre inconveniente es inverosímil; no hay, no puede haber marido que haga eso, ni mujer que se preste á ello; sin contar con que es inexplicable que el marido no conozca á primera vista que esas cartas son copia exacta (mudando lo necesario) de las que él escribió en otro tiempo á su querida, á Loreto; y sólo se justifica esto por la conveniencia del autor que no ha sabido ó no ha querido hacerlo de otro modo más natural y verosímil. Y nada diremos de los versos eminentemente trágicos, en los que, con tono belicoso, amenaza matar á su esposa, más propios de un drama fuerte y guerrero que de una comedia de costumbres, y que son como sigue:

Y al despuntar la mañana
por destrozo de esta lid,
de mi venganza pregon
debajo de ese balcon
verá tu cuerpo Madrid.

Esto sería rematadamente malo si no fuera sencillamente ridículo.

La relacion que despues hace María á Cárlos del ardid que ha empleado para confundirle y atraerle es de lo mejor escrito de la obra, solamente que es del todo inútil, pues le cuenta lo que ya sabe ó supone seguramente. Al devolverle las frases mismas, con que ántes él la apostrofa, lo hace con una suavidad y energía al mismo tiempo, de una manera tan seductora que bien merece su aplauso por lo ménos.

La escena capital de la comedia es la última, en que Cárlos va á partir abandonando á su esposa é hijos, pero aunque su conciencia le mande marchar, con imperiosa voz, el corazon, que en él habla más alto, le aconseja, le exige que se quede, y en esta lucha hábilmente expuesta y avalorada con el recuerdo del pequenuelo

Con ojos color de cielo,

no se comprende la duda y extrañeza que manifiesta al observar lo que le cuesta decidirse á marchar, ni hace falta la contestacion que á sí mismo se da cuando preguntándose

¿Qué misteriosa atraccion
me llama invencible á tí?

contesta

¡Es, ay, que me dejo aquí
la mitad del corazon!

Lo que sigue hasta la conclusion es tan bello que no podemos resistir á la tentacion de trasladarlo aquí, en-

tendiendo que su lectura será el mejor de los comentarios.

CÁRLOS. ¡Adios por última vez,
del alma divinos lazos;
os tiendo al partir los brazos!

MARÍA. (Aparte.) (Es mortal su palidez.)

CÁRLOS. El tiempo pasa veloz. (Da algunos pasos.)

MARÍA. ¡Cárlos! (Llamándole débilmente y escondida.)

CÁRLOS. (Se detiene.) ¡No puedo, no puedo!

¡Hasta pensé que muy quedo
me llamaba!

Bellísimo este
fingimiento.

MARÍA. ¡Ven!

CÁRLOS. ¡Su voz!

(Se vuelve y tiende los brazos á María, pero sin osar acercarse á ella.)

MARÍA. ¡Te llama el niño!

Tierna reconciliacion.

CÁRLOS. (Sin acercarse.) ¡María!

MARÍA. ¡Y te llamo yo tambien!

(Tendiéndole los brazos en una explosion de cariño. Se precipitan uno á otro y se abrazan llorando.)

CÁRLOS. ¡La sangre choca en mi sien!

¡Yo deliro... de alegría!

¡Eres un ángel del cielo!

MARÍA. ¡Silencio!

CÁRLOS. Mi pecho estalla.

¡Y tú me perdonas!

MARÍA. ¡Calla,

que despierta el pequenuelo! (Pausa.)

¡Qué tierno!

¡Que horribles ensueños, Cárlos,

tuve esta noche! ¡Ay de mí!

¡Pero al despertar te ví!...

¡y no puedo recordarlos!

Hermoso fingimiento.

CÁRLOS. ¡No los recuerdes jamás;

- te lo pido de rodillas!* (Intenta arrodillarse.)
- MARÍA. (Conteniéndole.)
¡No, Carlos, no, que te humillas!
- ESTO SOBRE BELLO
ES DIGNO Y ELE-
VADO. CÁRLOS. *¡Mi crimen me humilla más!*
¡Rompi los infames lazos!
- MARÍA. (Casi al oído y en voz baja.)
¡Silencio! ... ¡Yo nada sé!...
¡Yo te amo como te amé!
(Con sencillez apasionada.)
- ¡QUÉ TERNURA!
CÁRLOS. *¡A tus plantas!*
- MARÍA. *¡En mis brazos!* (Se abrazan.)

El amor de María queda sublimado con tan bellas frases; la alegría que ámbos experimentan al recobrase mutuamente está perfectamente retratada; el espectador no puede por ménos de participar de esa dicha que ve reflejarse en el rostro de los personajes, se identifica con sus sentimientos, ama y aborrece lo mismo que ellos aman y aborrecen; despues de este episodio no hallamos en la comedia nada que sea bueno, hermoso, verdadero, encantador.

Con esta comedia *Echegaray* no se propuso otra cosa que tantee el terreno en que iba á lanzarse decididamente, ensayar sus fuerzas, y ver el medio mejor de dominar el público que habia de recibir sus producciones sucesivas; otra serie de triunfos, tantos como obras dió más tarde, le aguardaba; ellos le señalarian la hora, el momento de dar comienzo á su gran empresa; en tanto, y como si adivinase la mision que en el teatro debia cumplir, probaba si sus condiciones intelectuales, extraordinarias en otras manifestaciones, habian adquirido des-

arrollo tan grande como él comprendia que necesitaban adquirir para lanzarse violento en el palenque que su desmedido atrevimiento deseaba abrir, y por esto sólo se limitaba á trabajos de preparacion que no habian de ser perdidos para su propósito, y pronto habia de llegar el dia en que con su obra maestra en la mano, habia de decir á la sociedad atónita que le contemplaba y aplaudia sin comprenderle, sin adivinar sus fines: «¡Esta es mi obra!»